

El Huracán Sanitario

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR: HUBERTO DOMINGUEZ LOPEZ

AÑO I.

ALMAGRO, SEPTIEMBRE DE 1930

NÚM 4.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año 3'00 pesetas.

No se devuelven los originales

LOS PACIFISTAS

OOO. OOOO(O)OOOO. OOO

La primera condición del *pacifismo* es la neutralidad. El hombre que no es neutral no puede apellidarse *pacifista*; y no siendo *pacifista*, *verdadero* y *auténtico*, es indudable que constituye un serio peligro para la paz social. ¿Está claro? Pues vamos a estudiar detenidamente a los *pacifistas* de nuestra desventurada asociación.

Tenemos una infinidad de compañeros que predicán la paz y la unión; pero a base únicamente de que todos los restantes reconozcamos y aceptemos como indiscutible que todo, absolutamente todo, cuanto ha hecho el Dr. Palanca desde la Dirección general de Sanidad es perjudicial para los intereses de los titulares. Y muchos no se detienen ahí, sino que pretenden sea considerado también como perjudicial, cuanto en lo sucesivo haga.

Otros, solo comprenden y predicán el *pacifismo* admitiendo únicamente como bueno y beneficioso para los titulares lo hecho por el Dr. Murillo, haciendo extensivas estas cualidades de su labor a todo cuanto se le hubiera ocurrido hacer de haber continuado en el cargo.

Tanto unos como otros, han tenido el desacierto de simbolizar en Sanmiguel la figura del *pacifismo* médico titular, por tratarse de un compañero tan abúlico y carente de ideas y pensamientos que acepta, sin ninguna clase de dificultades ni reservas, cuantas le exponen los compañeros con quienes convive. Esta es la razón de que hayan podido converger en él con la mayor sencillez y para desdicha de todas las opiniones de los *pacifistas palancóforos* y *murillófilos*.

Existe también otro grupo, más numeroso e importante, que considera beneficioso y útil todo cuanto sea resultado de la labor de Palanca, aunque sin desdeñar por sistema, nada de cuanto haya

resultado provechoso de la actuación de Murillo.

Y hay por fin otro núcleo, muy limitado por desgracia, que comprendiendo el incalculable perjuicio que nos irrojan las *fobias* y las *filias* aconseja la reflexión, predica la prudencia, excita a la concordia abogando por el destierro de los personalismos, para quedarnos con todo aquello que nos beneficie proceda de quien proceda, solicitar respetuosamente la reforma de cuanto nos sea indiferente o perjudicial y facilitar, en todo cuanto esté de nuestra parte, la labor del compañero que ocupe en todo momento el cargo de Director General de Sanidad.

¿Cuales son, entre todos los paladines del *pacifismo*, los que merecen en justicia el calificativo de *pacifistas*? Los últimos, sin género alguno de duda. Los de los dos primeros grupos o están completamente locos o son desdichados compañeros francamente revolucionarios, sin que por su mediación pueda esperar la clase otra cosa que divisiones, calamidades y desdichas, pero jamás esa paz que anhelamos y que tan beneficiosa habría de ser para nuestros intereses. Los del tercero son *personalistas reflexivos* y por lo tanto de aquellos que, por tener la buena cualidad de obrar en ellos la reflexión, pueden ser útiles a nuestra causa. Pero los verdaderamente *pacifistas*, los indispensables para la defensa de nuestros intereses, los insustituibles en una palabra, son los del último grupo; los que estudian desapasionadamente todas las cuestiones; los que no juzgan el mérito de una obra por la firma que la avalora sino por las cualidades que posee; los que sin preguntar por el nombre del autor de un hecho lo aplauden o censuran según les aconseja su conciencia; los que del mis-

mo modo que censuran la labor de un amigo cuando ésta es censurable, aplauden la de un enemigo cuando es merecedora de aplausos; los que honradamente y por convencimiento, rectifican noblemente su conducta y modifican sus opiniones cuando advierten que están equivocados; los que anteponen los sagrados intereses de una clase a los deberes de amistad y a sus particulares intereses. Esos son los pocos compañeros como Rojo Yagüe, Ibáñez Torres y Bonmatí a los que con justicia puede llamárseles *pacifistas*.

Si en la Asamblea cuya celebración está próxima, saben los representantes provinciales neutralizar el virus que con fines personalistas egoistas, partidistas y perturbadores, han pretendido infiltrar en la clase compañeros tan funestos, perjudiciales y . . . poco compañeros como Torres Alonso y Sanmiguel el éxito será resonante y los beneficios que el Cuerpo de titulares obtenga en no lejano día, incalculables; si saben apreciar en todo su valor y seguir al propio tiempo los razonables y fraternales consejos de Ibáñez Torres, Rojo Yagüe y Bonmatí, el resultado será idéntico. Pero si en un incomprensible movimiento de irreflexión o de candidez, que es peor si cabe, caen en las tupidas redes que les tienen constantemente tendidas el astuto Torres Alonso y el abúlico e inservible Sanmiguel y repiten en todo o en parte, el bochornoso espectáculo de Zaragoza, entonces . . . ¡Dios nos salve! porque serán las últimas paletadas de tierra que esos dos funestos compañeros ayudados por sus maquiavélicos inspiradores y por sus incautos y cándidos secuaces, habrán echado sobre el frío cadáver del desventurado Cuerpo de titulares inspectores.

Ahora que Dios inspire a los representantes provinciales.

HUBERTO DOMINGUEZ